

ROCAS, AGUA, HOMBRES...

POR AGUSTIN EGURROLA

Dejo el tren de Avila. Es la tarde soleada de un domingo estival. En las antiguas calles de la histórica capital castellana se aprecia un ambiente calmoso. Algunos grupos se dirigen a las misas vespertinas. En las tascas charlan y beben los compadres, y la gente se reúne en el paseo del Rastro, al pie de las famosas murallas, practicando el eterno juego de ver y ser visto.

A la mañana siguiente se animan las calles y plazas debido al ajstreo normal del vivir y a la presencia de los numerosos turistas. Dos rubias escandinavas se atiborran de comer melón, sentadas al sol. Más allá, un francés con barbas de chivo anima a su hijita para que acaricie a un paciente borriquillo.

Ya estamos en el autobús, camino de Arenas de San Pedro. El Puerto del Pico es impresionante por el lado de esa Villa. No sé por qué, las sucesivas y polorientas revueltas que se van hundiendo en el fondo del Valle me recuerdan «La ruta de Birmania», fotografías de una carretera en interminables zig-zags, trazada subiendo a través de la selva, en la pasada guerra Mundial... Pasamos por Monbeltán. Se hallan en fiestas y la gente ha ido a ver la novillada. El bonito castillo aparece realzado a la luz del sol poniente.

Una vez en Arenas, el autobús se detiene precisamente junto a una fuente que mana abundantemente por todos sus caños. Aún sin tener sed parece obligado aprovechar este don del agua tan pura.

La villa, en la que hay muchos veraneantes, ofrece, entre otras, una agradable sorpresa; aguas arriba de la población han preparado la piscina ideal. Con una presa, y acondicionando las orillas del río se ha conseguido la combinación perfecta: agua corriente, procedente de la sierra, purísima y de temperatura óptima; por un lado. Y la comodidad de un lecho limpio y de gradual declive, por otro. Todo esto complementado con una estupenda arboleda para merendero, con casetas para mudarse... ¡y todo gratis!... menos la merienda, claro está.

Hace buena noche y me tiendo a dormir en mi saco, bajo unos plátanos, al lado de la carretera que va a El Hornillo. Un simpático «guía» me dice que allí no me molestará nadie; pero por tres veces me incorporo sobresaltado: dos de ellas debido al paso de un mulo, cuyas recias pisadas se agigantan en la noche silente, dándome la impresión de que va a pasar sobre mí, aplastándome como una cucaracha. Por fortuna —y como es lógico— siguen por el sendero.

La tercera vez se debe a la presencia de un perro que ronda a mi alrededor, ¿atraído por el olor de las vituallas que llevo en la mochila? Total, que entre la dureza del «colchón» y los sustos paso la noche en vela.

Amanece. Sin cambiar de postura observo cómo desaparecen las estrellas para dar paso a un día brillante. No hace mucho frío, pero sí el suficiente para sentirlo y estarse encogido. Por fin me pongo en marcha camino de Guisando. Son doscientos cincuenta metros de desnivel los que se ganan en seis kms. de carretera polvorienta.

Y a propósito de Guisando, ¿dónde se encuentran los renombrados «toros», esas esculturas prehistóricas, cuyo grabado es tan conocido?

Este típico pueblo serrano dispone de agua abundantísima. Se ven muchos canales y acequias rebosantes del precioso elemento.

Más arriba se halla el Parador de Alta Montaña. Bonito edificio de reciente construcción, con su terreno acotado anexo. La mayor parte de los clientes, en este momento, son holandeses.

Antes de cruzar a la orilla izquierda subo durante un rato por el lecho del río Pelayo, saltando entre las piedras redondeadas y pulidas... Después me encuentro con unos pastores de atezado rostro, que no dejan de dar largos silbidos para dirigir sus rebaños de cabras. Enfrente, a la izquierda el pico de la Mira, y a la derecha el fiero cuchillar de Los Galayos. Ya quedan atrás los grandes pinos —principal fuente de riqueza en la zona— que me daban sombra, y de cuyas venas abiertas por el hombre fluye la resina, que es recogida en pequeñas cubetas. La montaña va cambiando su carácter «doméstico» por otro más adusto.

Sube el camino, a mi izquierda veo el río cada vez más reducido, con pequeñas pozas de color verde, de trecho en trecho. Asciede por la Pretura, junto al pie de los afilados monolitos, y alcanzo el refugio Peñalara. Al lado están construyendo una fuente.

El aspecto que ofrece los Galayos es impresionante, con el Torreón en primer plano. Allí me encuentro con un grupo de madrileños que han subido antes, desde el final de la carretera, donde han pernoctado.

Luego ascendemos a La Mira. Alguien tuvo la humorada (¿o sería, tal vez, construido con algún fin?) de levantar un respetable castillo de piedras en la cumbre. Un tanto sofocados como estamos, un baño en el pantano Rosarito, que se divisa al S. O., nos parece verdaderamente deleitoso.

Bajamos al refugio Arenas, bastante deteriorado. Alrededor pasta un numeroso rebaño de vacas y toros. Junto al refugio, en medio de un ancho prado se encuentra una fuente estupenda. Junto a la misma, con una deliciosa temperatura, lanzamos un ataque a los víveres. Es realmente placentero: un sol esplendente, viento fresquito, hambre, comida y agua cristalina en un cuadro bucólico.

Más tarde levantamos el campo y, sin perder altura, vamos hasta las proximidades del Refugio del Rey. A nuestra derecha, más abajo queda el prado de Las Pozas, ahora todo verde, con mucho ganado pastando en él, y magnífico lugar para la práctica del esquí en invierno y primavera.

En el momento de ocultarse el sol desciende bruscamente la temperatura. Se preparan rápidamente las tiendas, y una hermosa hoguera con los piornos secos que se encuentran en abundancia. ¿Qué extraño hechizo tiene el fuego de leña, que parece reconfortar mejor que la calefacción central y las estufas? Aún cuando tiene el inconveniente de abrasar las partes expuestas a su acción, en tanto que se siente frío en el lado opuesto. Pero el caso es que nos sentimos a gusto en su derredor, y todos cuidamos de empujar a los tizones a medida que se van consumiendo.

Salimos de las tiendas justamente en el momento en que el sol asoma su bola de fuego en el horizonte. Promete otro día igualmente brillante como el anterior.

El Refugio del Rey se encuentra derruido, pero aún tiene una habitación que puede ser muy estimada con mal tiempo. En las alturas del Morezón recortan su esbelta silueta las ágiles ejemplares de la capra hispánica. Por el lado que da a la garganta de la laguna bajan numerosos arroyos, a cual más puros.

Nada más llegar a la laguna nos lanzamos a tomar un baño. La primera impresión es fuerte, debido a lo fría que está el agua; pero superado el momento se convierte en delicia: nadando y bebiendo al mismo tiempo.

Después de comer, bajo el Sol de fuego, subimos al Almanzor. Gracias a la presencia de arroyuelos en todos los rincones, podemos combatir la sed... y la quemazón de «Lorenzo» que nos abrasa las desnudas piernas.

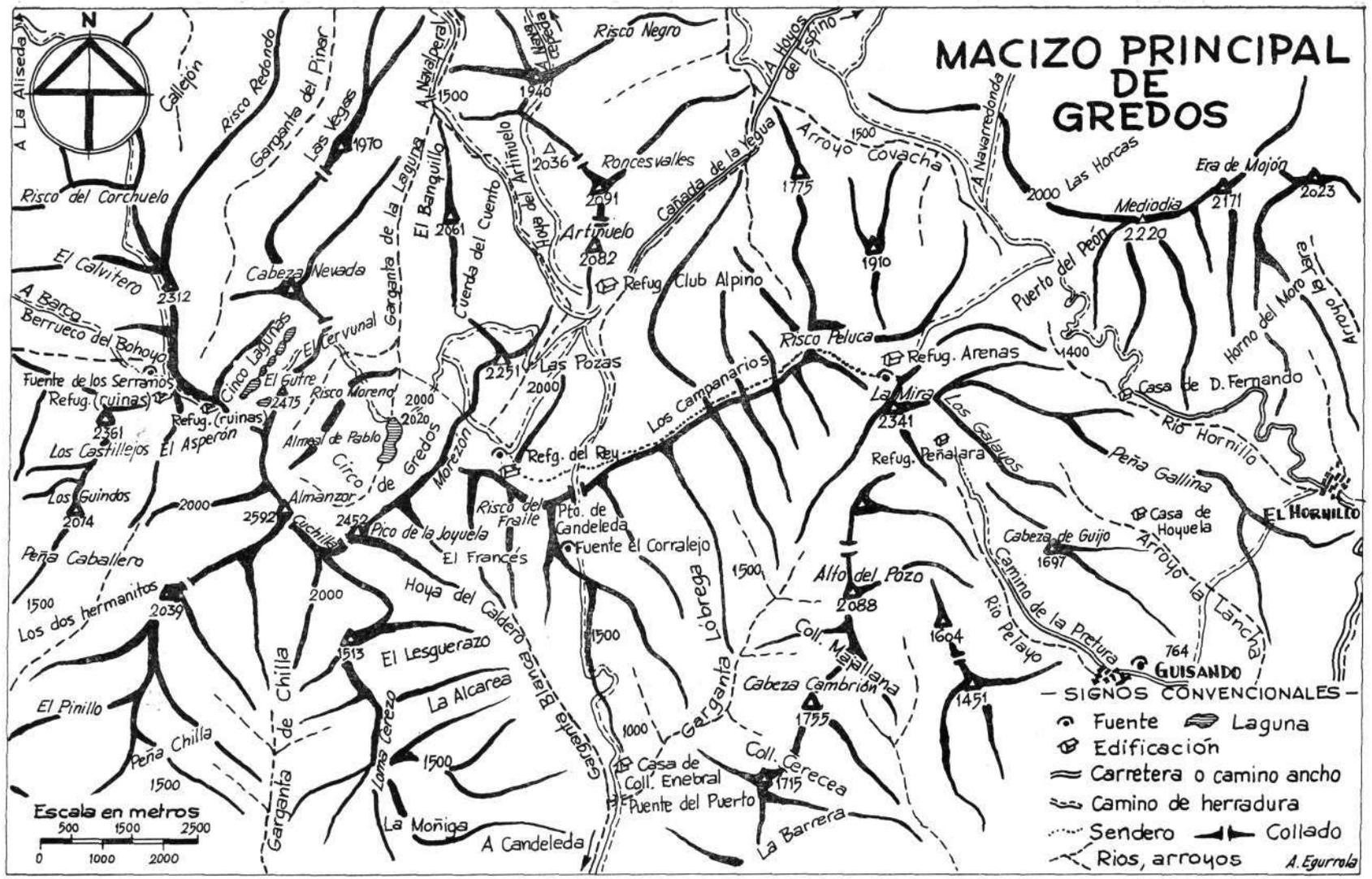
Las piedras que componen la doble cumbre dan la impresión de que van a precipitarse de un momento a otro en el vacío. Mientras damos cuenta de una sabrosa manzana contemplamos el lago, allá en el fondo del Circo, rodeado de los severos centinelas que son Los Tres Hermanitos, El Almedal de Pablo, El Cuchillar, etc.

Al regreso no seguimos los «cairns», sino que iniciamos el descenso directamente en dirección al lago. Sin embargo, nos encontramos con profundos cortes, y tras bastante trepar y destrepar alcanzamos de nuevo terreno seguro, siguiendo el curso del río que nace en los heleros. De todos los atractivos de la sierra es el agua el mayor. Lo mismo en forma de espumantes cascadas, como en silenciosas venas sembradoras de fertilidad, o formando pozas y lagos; siempre fresca y pura. Claro está que este atractivo se debe en gran parte a que el calor y la sed lo hacen tan deseable. En invierno, con los dedos y orejas convertidos en guñapos helados, pierde muchos «entros» la «cotización» del ahora tan apetitoso líquido elemento.

Junto al lago, unos muchachos se afanan en la cívica tarea de recoger los botes y latas, que se encuentran en gran cantidad, tirados por doquier.

Después, un simpático pastor para a echar un cigarrillo en nuestra compañía y va saciando nuestra curiosidad por conocer detalles de su oficio. Los peligros más importantes son las numerosas víboras, en verano, y los lobos, en invierno. Además de esto, las tormentas eléctricas y el riesgo de una caída en los empinados peñascales. Explica también cómo el hielo revienta las rocas, que se precipitan hacia los valles produciendo un ruido horriblo. Como co-

MACIZO PRINCIPAL DE GREDOS



- SIGNOS CONVENCIONALES**
- Fuente
 - ◻ Edificación
 - Carretera o camino ancho
 - - - Camino de herradura
 - ⋯ Sendero
 - Rios, arroyos
 - ▲ Collado
 - ◡ Laguna
- A. Egurrola

nocen todos los riscos y oquedades aprecian los cambios que se producen. Así observan cada primavera las modificaciones ocasionadas por el deshielo. Entre el lago y la base del Morezón había antes un prado bastante extenso. Hoy está casi totalmente cubierto por las peñas desprendidas desde los negros cantiles, y dentro de algunos años llegarán hasta el mismo lago.

Ya anochece cuando se va hacia su cabaña. Vemos cómo se aleja ágilmente su magra silueta, curtido el rostro por los aires resecos, con su traje de recia pana descolorida, sus fuertes albarcas de fabricación especial para aquellos andurriales, tocado de un sombrero negro y con el clásico cayado en la mano...

Durante la cena, y antes de dormirnos, los «divos» del grupo amenizan la velada cantando esas conciones rusas tan evocadoras y conocidas que, puede casi afirmarse, gustan a todo el mundo.

A media noche me desvelo, y, todavía sin despertarme enteramente, oigo un ruido. ¿Qué será? Con la lentitud y torpeza que tienen la mente y la voluntad en esas horas y circunstancias, tardo en tomar conciencia de lo que ocurre. Hasta que de pronto creo haber dado con la explicación: ¡se está derramando el agua de la cantimplora! Saco la cabeza de la tienda para tapar el recipiente y me encuentro con la explicación del ruido: bajo una estupenda luna llena, se ha levantado un ligero vientecillo que mueve las aguas del lago, haciéndolas chocar suavemente contra las orillas, lo que produce un chapoteo suave y agradable, parecido al peculiar gorgoteo de una botella al vaciarse.

A la mañana siguiente recogemos los bártulos y nos dividimos en dos grupos: unos se dirigen hacia Cinco Lagunas, y otros iniciamos el camino de regreso.

Una hora después pasamos junto al refugio del Club Alpino. Poco más adelante está el final de la carretera que baja a Hoyos del Espino, a trece kms. de recorrido.

Vamos cubriendo kilómetros de carretera, autoanimándonos cantando briosas marchas. Hacemos alto en un puente tendido sobre uno de los cristalinos ríos gradeños. ¡Qué atractivo este del agua pura!... Al reanudar la marcha se nota dolor en los «andarines», de modo que conviene evitar las paradas. De cuando en cuando nos cruzamos con algún automóvil que arrastra una nube de polvo, o con algún labriego que sube a caballo.

Cuando llegamos a Hoyos del Espino es mediodía y cae un solazo abrasador. Los campesinos empero lo aprovechan para hacer una buena trilla. Se defienden del calor con sus recios vestidos, grandes sombreros, botijo de agua fresca... y alguno también de vino.

Las extensas lomas y agudos picachos de la Sierra ofrecen desde aquí un hermoso telón de fondo.

El dejar la mochila y beber una gaseosa tienen ahora un importante significado.

Después de comer se van los madrileños, en autobús. Una vez afeitado y «adecentado», deshago los dos km. hasta el río, donde tras descansar un rato de las fatigas, me doy un sabroso baño. El Tormes es aquí pequeño y de frescas aguas transparentes. Tiene dos pozas estupendas.

Tomo el autobús y voy a Barco de Avila. Desviamos para llegar a Behoyo. También aquí corre en abundancia el agua fresquísima. Antes de llegar a Barco, a la derecha se ven curiosas muestras de erosión eólica, que produce los conocidos y sorprendentes ejemplos de difícil equilibrio: los grandes peñascos que parece se van a caer al menor soplo de aire del reducido apoyo que les ofrecen los respectivos monolitos, limados por los vientos a través de los siglos, hasta convertirlos en verdaderas agujas...

Ya que está metido uno en plan de pequeño trotamundos, piensa que dormir entre sábanas es demasiado cómodo y prosaico, de modo que halla dónde pasar la noche siguiendo las vehementes explicaciones de unos chicos, que me acompañan retozando y disputándose la labor de «cicerone», con el entusiasmo propio de sus años. De paso tratan de satisfacer su curiosidad por conocer detalles de la vida y milagros de su eventual «cliente». Tomo posesión de dos metros cuadrados de solitaria alameda, el pie de cuatro enhiestos y altísimos chopos que se encuentran muy próximos entre sí, formando un rectángulo perfecto. Aunque no hay más compañía que la oscuridad y el frío, no sabe uno bien por qué, es grande la diferencia que encuentra entre echarse a dormir en cualquier punto del prado o en el impalpable «acotado» que forman los árboles en cuestión. Instintivamente nos valemos de la menor edificación o accidente del terreno para convertirlo en refugio, aunque no tenemos nada concreto.

Al levantarse, en la radiante mañana, nada mejor que un vigoroso lavado en las frescas aguas del Tormes, sobre las que cruza, un poco más abajo, el hermoso puente romano, ornato de la Villa.

La siguiente etapa termina en Béjar. Por todas partes se ven postales y banderines con vistas de Candelario, El Calvitero y demás puntos notables de la vecina sierra. Otro autobús —una «serrana» como les llaman allí— nos lleva a Salamanca, a través de los dilatados campos charros, en los que se ven grupos de reses bravas bajo el solazo brillante. Recorro la capital universitaria en compañía de un irlandés que también va viendo España con su mochila a la espalda. Y como las vacaciones han llegado a su fin, se impone el deber de regresar y encararse con nuestras obligaciones.